

**Casales, R. 2025. *Signos de los tiempos.*
Ensayos críticos. Puebla: UPAEP, 155 pp.**

ANGEL EMMANUEL FRANCO TRUJILLO¹
Centro Universitario de Tonalá (CUTonalá), Universidad de Guadalajara (UDG)
angele.franco77@gmail.com

El presente libro, *Signos de los Tiempos. Ensayos Críticos* de Roberto Casales García, cuenta con 11 capítulos en los que se abordan diversas problemáticas, entrelazadas entre sí en la medida en que estos atienden las problemáticas que aquejan actualmente al mundo.

El primer capítulo introduce el concepto de los “signos de los tiempos” desde una perspectiva filosófica. En el segundo, se profundiza en los derechos humanos y su vigencia en un mundo desigual. El tercero analiza la pérdida del sentido de la belleza en la modernidad líquida, mientras que el cuarto se centra en la pérdida de referentes culturales y morales. El quinto reflexiona sobre el amor esponsalicio, y el sexto sobre la sexualidad y el erotismo desde una perspectiva crítica. Por su parte, el séptimo capítulo examina el impacto de las redes sociales en la construcción de la identidad. Continuando con el octavo que explora el estado actual de la educación en México, seguido del noveno que reflexiona sobre los fundamentos filosóficos de la educación. Finalmente, los capítulos diez y once exploran el papel de la universidad, primero en su relación con el mercado, y luego con el mundo contemporáneo.

A lo largo de esta reseña se tomarán principalmente en cuenta los capítulos primero, tercero, cuarto, noveno, décimo y onceavo. Estos fueron seleccionados específicamente, debido a que permiten observar cómo la obra promueve una reflexión crítica frente a la fragmentación del sentido de la

¹ ORCID: 0009-0004-5519-206X

Recepción del original: 26/07/2025
Aceptación definitiva: 11/07/2025



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License

belleza, la pérdida de referentes, la lógica del mercado en ámbitos formativos y la reducción del conocimiento a fines puramente funcionales.

El escritor fomenta un pensamiento crítico para abordar los desafíos contemporáneos, nos ofrece una ayuda para prevenir la perdida de la autonomía personal, puesto que se promueve analizar lo ya establecido, pero con lógica detrás, no se trata de criticar por criticar, de este modo se prevé el impulso de consumir contenido ciegamente; Reprocha a las universidades por priorizar lógica del mercado y el cumplimiento de indicadores, dejando de lado el fomentar un análisis reflexivo y la búsqueda de la verdad.

El autor inicia hablando de “los signos de los tiempos”, un concepto de origen teológico para referirse a la necesidad de estar atentos a lo que sucede a nuestro alrededor y a los sucesos ocurridos a lo largo de nuestra época, a fin de poder ver las manifestaciones de Dios en el mundo. Este concepto, sin embargo, es reformulado por el autor para adaptarlo a la filosofía. Desde esta peculiar forma de apropiarse del concepto, el autor advierte la necesidad de entender los signos de nuestros tiempos –*i.e.*, los sucesos que ocurren en nuestra época y a su alrededor–, como requisito indispensable para poder filosofar sobre la realidad y estar comprometidos con la búsqueda de una verdad. Una búsqueda que implica, según Casales, ser conscientes de nuestras limitaciones, al mismo tiempo que “debe comportar siempre una cierta esperanza de talante socrático” (10).

Dicha reformulación, del concepto es apropiada y exacta, puesto que para poder pensar profundamente –*i.e.*, filosofar– sobre un tema de la actualidad, se necesita comprender el contexto que subyace a dicha realidad. Por ejemplo, no se puede hablar de feminismo sin antes haber entendido todo el machismo y la opresión que las mujeres tuvieron –y siguen teniendo– que enfrentar durante mucho tiempo, para de este modo poder argumentar lo que dices. Hablar sin fundamentos es dar una mera opinión, más no hacer filosofía, tema tratado en el capítulo “Reflexiones sobre los fundamentos filosóficos de la educación”. De acuerdo con el autor, “no toda opinión es filosofía, si fuese así, las redes sociales serían las mejores pedagogas filosóficas” (98).

Para aprender a filosofar de una manera correcta no solo es necesario conocer los signos de los tiempos, sino también prestar atención a la educación, ya que como se nos explica en el capítulo antes mencionado, la filosofía y la educación están íntimamente ligadas, de modo que la educación es una guía para el filósofo. Esta es fundamental para que no nos perdamos en el vasto mar de conocimiento que se tiene hoy. Para lograr esto se necesitan aprender hábitos saludables que formen nuestro carácter y nos preparen para el mundo. Con este fin, el educador debe no solo conocer a su alumno, sino también debe conocer la materia que imparte

y comprender su razón de ser. El autor, en este sentido, recalca que cuando un profesor no sabe expresar las razones por las que es importante cursar su asignatura –bien porque lo desconoce o bien porque lo da por sentado–, no es raro que sus alumnos se muestren apáticos y ajenos a la misma. En palabras de Casales:

No es raro [...], que un alumno se cuestione sobre la necesidad de llevar tal o cual asignatura [...], si el docente no puede o tiene claro por qué su asignatura es relevante, con mucha mayor razón veremos este tipo de cuestionamientos por parte de los alumnos. (97)

Esta situación de desinterés por parte del educador nos lleva a otro tema tratado en el libro, a saber: la universidad como un nuevo mercado y no como un centro de aprendizaje. Este se toca desde distintas perspectivas, una de ellas relacionada con lo previamente dicho: si a esta falta de reflexión por parte del docente le sumamos un sistema universitario que ha adoptado criterios mercantiles en su quehacer, no es raro que la formación que el alumno recibe se centre en la adquisición de habilidades para el mundo laboral y no en adquirir conocimientos para su desarrollo personal. El autor lo detalla de la siguiente manera:

Podemos decir que la reducción de la educación a la especialización técnica, más que apostar por el crecimiento de la persona y el desarrollo de la autonomía, se centra en generar competencias para que el estudiante se ajuste a los estándares del mercado (124).

Esto implica que la problemática no sólo se da por parte del docente, sino también por aquella estructura universitaria que tiende a privilegiar los criterios propios de la lógica hiperindividualista del mercado sobre la búsqueda sincera de la verdad. Una consecuencia de esto es que muchos educadores terminan por desmotivarse, o por ser reducidos a meros instrumentos para cumplir esos objetivos mercantiles, olvidando los fines básicos de la educación, como la adquisición de un pensamiento crítico. Esto se puede ejemplificar en el ámbito de la investigación donde los Rankings y la acreditadoras parecen promover o impulsar prácticas como el afanado *publish or perish*. Al introducir criterios mercantiles a la universidad, como el rendimiento, e introducirlos en el ámbito académico, se promueven prácticas ajenas a la verdad esencia de una universidad, como aquella que privilegia criterios cuantitativos sobre criterios cualitativos. El investigador que está inmerso en esta dinámica da prioridad a la producción desmedida de textos que ensanchen su currículo, sin por esto reparar en la calidad de dichas publicaciones. A mi parecer, este modelo extendido nos retrasa y lleva a una época de escasez de conocimientos relevantes.

En este mismo enfoque se da la idea de la perdida de referentes, debido a esa búsqueda de la rapidez y constancia en la publicación de documentos académicos, donde se pierde el tiempo para reflexionar y hacer una obra que realmente impacte a la sociedad científica. Cuando lo importante es el rendimiento y la efectividad, lo que menos importa es la profundidad del pensamiento: esto, aplicado a otra época, hubiese implicado negarle una plaza académica a grandes intelectuales como Kant, quien guardó silencio durante más de 10 años, previo a publicar su *Critica de la razón pura*. Cuando lo prioritario es ensanchar el currículo, la búsqueda de la verdad termina relegada a segundo término.

Otro inconveniente de aplicar una lógica mercantil en la educación superior se presenta cuando la eficiencia y el rendimiento económico asumen los principales criterios de gestión, comprometiendo el desarrollo humano a un segundo plano. Así, cuando una asignatura o carrera genera pocos ingresos es considerada innecesaria, se explica que “si tal o cual asignatura entre dentro de la categoría de ‘lo que sirve’, entonces es apreciada, mientras que si no lo hace es catalogado como mero ‘complemento’, carente de valor” (119). Gracias a este razonamiento, la formación humanista se deja de lado, por ser materias con matrícula insuficiente, perdiendo la esencia de la educación. Casales sostiene que toda educación genuina tiene la tarea de humanizar, apoyándose en la idea de Kant de que todo ser humano debe desarrollarse a sí mismo mediante la disciplina y educación. A lo anterior se suma noción de sorge –*i.e.*, el cuidado de la persona–. Así pues, teniendo en cuenta estas cuestiones, se afirma que sólo es posible hablar propiamente de educación desde el humanismo (129-130).

Aunado a esta problemática, se habla de la hiperespecialización –*i.e.*, ser conocedor de un único tema–, dicha postura fragmenta el conocimiento y malinterpreta unidad con unificación, debido a ello se limita a la utilización de un solo método de investigación para todo, sin importar el contexto en cuestión. Sin embargo, para una resolución satisfactoria de una problemática es necesario ver desde diferentes prismas. El ejemplo que el autor da es el de la pobreza: ésta se puede ver desde un enfoque económico, adicionalmente, también desde el social, político, filosófico, psicológico y teológico (122). Siendo necesaria una óptica interdisciplinaria para entender la complejidad de los dilemas actuales.

En una sociedad profundamente marca por criterios y estándares cuyo origen está en el mercado, no es raro que la matrícula de ciertos programas de estudios sea inferior a otros que parecen más rentables, o que, cuando menos, responde de forma más directa a esos criterios mercantiles. Este es el caso del estudio de las artes liberales y las humanidades en general, cuyas matrículas suelen ser menores en comparación con otros programas de estudios. A pesar

de la riqueza que estas disciplinas aportan a la humanidad, no es raro que se les trate como disciplinas de segundo nivel o innecesarias. Ante esta temática me gustaría dar un ejemplo y apoyar a la crítica que se hace a la universidad en la actualidad.

En la licenciatura de Estudios Liberales de la Universidad de Guadalajara, ocurre lo siguiente: aunque existe una amplia oferta de líneas terminales para elegir, en muchas de estas no hay la demanda suficiente, por ende, los alumnos tienen que ir retrasando sus estudios para poder concluir su formación. Desde una lógica mercantil, el criterio dicta que una asignatura no se puede ofrecer sin un mínimo de estudiantes, de ahí que, si la mayoría tiende a privilegiar una línea terminal sobre otras, sólo esa garantiza su permanencia, mientras que las otras corran el riesgo incluso, de ser clausuradas. Esto evidencia la lógica mercantil basada en la demanda como medida de valor.

Adicionalmente, los impactos observados trascienden a las asignaturas, puesto que dicha carrera, en conjunto las de *Historia del Arte y Diseño de Artesanías*, son las únicas en el área de Sociales y Humanidades de la Universidad, y como dijo Casales “la formación humanista como las humanidades [...] son poco apreciadas, ya sea porque se consideren innecesarias y carentes de significado [...] o sea porque tienen una matrícula insuficiente para cubrir las nóminas, generando más gatos que ingresos” (119). Dicha premisa se cumple en dos de las tres carreras mencionadas con anterioridad –la excepción a esta postulación es *Diseño de Artesanías*–, las cuales tienen un bajo número de educandos; Como resultado, se han planeado eliminar, no obstante –tal y como se dijo anteriormente, solo es posible propiamente hablar de educación desde el humanismo y si dichas licenciaturas fueran eliminadas, se perdería la esencia de la educación. Sin embargo, la Universidad prioriza como criterio la cantidad de aspirantes, siendo ambos ejemplos –el de las carreras y el de las materias– perfectos de lo dicho por el autor, una Universidad como mercado y no como una casa de estudio.

La explotación de criterios mercantiles, sin embargo, no sólo se da en el ámbito universitario o educativo, sino que también impacta en nuestra sociedad de múltiples formas, como ocurre al conformar nuestra identidad. En una sociedad de mercado, los productos se vuelven efímeros y desechables, para aumentar nuestro deseo de placer sin límites, perdiendo nuestra capacidad de reflexión (29). Se comienzan a adoptar modas y primar los deseos, como consecuencia de esto, el desarrollo de una identidad se ve diluido, perdiendo la capacidad de proyectar hacia el futuro, puesto que se vive en la inmediatez. En palabras de Casales:

Transitamos de una búsqueda sincera de nuestra identidad, a la tiranía de la moda, donde se abre la existencia a la anarquía del deseo hedonista. Todo

esto en perjuicio de la deliberación, cuyo carácter proyectivo es contrario a la lógica hiperindividualista del mercado (29).

Con esta hiperindividualidad e inmediatez se ha deformado el sentido de la belleza y de la cultura, perdiendo su amplio agrado y duración, transformándolo en un placer momentáneo. No es raro que en estas sociedades de mercado se generen élites para las cuales están destinados estos bienes culturales, de modo que queden restringidas para otros sectores de la sociedad. La belleza se ha transformado en una experiencia solo para élites, donde sólo las personas que posean los recursos necesarios podrán adquirir estas vivencias, a riesgo, también, de que queden confinadas a las exigencias de los consumidores. Esta segmentación hace que las personas anhelen formar parte de estas élites. Una muestra de esto se aprecia cuando una celebridad pone en tendencia cierto tipo de prendas, haciendo que cada vez más gente consuma estos productos, sin importar si ello implica que el consumidor tiene que desatender otro tipo de necesidades.

Como consecuencia de esto, las ciudades se han vuelto lugares que privilegian la separación como estrategia de supervivencia, viendo a los ciudadanos que tienen escasez como potenciales peligros que deben ser alejados de zonas populares (32). Siguiendo a Bauman, el autor propone oponer a esa mixofobia una mixofilia, la cual se puede propiciar si creamos espacios recreativos y libres donde asistan cualquier persona de diversos orígenes, a fin de compartir y lograr un entendimiento mutuo de las necesidades de cada uno. La creación de estos espacios, aunque pertinentes, el autor lo deja sólo al nivel teoría, sin ahondar o especificar el modo de implementarlos en su entorno.

Para que dichas zonas puedan cumplir su función es necesario que asistan personas de diversos estratos sociales. Una propuesta sería utilizar espacios grandes, de libre acceso y donde se entreguen incentivos a los participantes. Para evitar nociones adversas es necesario enfocar el problema desde una perspectiva reflexiva, de modo que se promueva la diversidad de ideas y se logre un crecimiento personal. Con estas medidas se puede llegar a la mixofilia planteada por el autor, pasando su planteamiento a un plano práctico.

En términos generales, Casales expone de excelente forma los problemas actuales que aquejan al mundo y contribuye alzando nociones complejas que dan luz a posibles soluciones, entre las que se encuentra la filosofía y la creación de espacios recreativos para la convivencia.